
CAPITULO LIX.

OJEADA AL CERTÁMEN DEL TRABAJO.

En medio de los grandes temores de guerra, consolaba, aliviaba fijarse en las promesas y en las obras de paz. Cuando entraba en el gran circo de la Exposicion y recorría aquellas galerías atestadas de objetos nacidos de la fuerza creadora, que se llama el trabajo, no me entusiasmaba tanto por lo que veía como por lo que esperaba y presentía. En medio de las inarmónicas condiciones en que vivimos, este templo de la gloria levantado á los trabajadores parecíame la ciudad del porvenir, dibujándose en lejanas riberas del tiempo. El vapor que hierve, el hacha que hiende, la sierra que corta, el agua que se eleva absorbida por la poderosa bomba, la hercúlea grua que sostiene enormes pesos y casi mueve las montañas, me anuncian que los trabajos penosos se acaban, que las máquinas van á sustituir á los brazos, y que los hombres, rescatados de las penas de ayer y redimidos de sus fatigas, podrán consagrarse á los goces puros de la inteligencia, formando sociedades tan cultas como la antigua Atenas y más justas por los grandes progresos que en nuestro

mundo moderno ha obtenido la idea sacratísima del derecho.

El objeto del trabajo hoy es llamar á todos los hombres á la participación de la vida. He notado que en los tiempos antiguos reinaba la manía de la singularidad en el goce de los productos industriales ó artísticos. Esta observacion se confirma por la leyenda tejida sobre cada maravilla de la Edad Media. Si hay una alta torre, una gran campana, una admirable cinceladura en piedra, oireis decir al sencillo campesino que se sacaron los ojos al industrial ó al artista para que no hiciera obra semejante, y dejara allí tan sólo el testimonio de su fuerza ó de su inteligencia. Bien al revés sucede hoy. La tendencia del trabajo es repartir sus maravillas entre todas las clases sociales; llevar las condiciones de bienestar y hasta de lujo al fondo de la cabaña y del taller. El mérito de las grandes obras consiste en la extension dada á la vida, en la universalizacion, si es permitida tal palabra, de todos los goces, como de todos los derechos. La imprenta es un milagro de la civilizacion,

porque la imprenta puede llevar en su misteriosa hoja de papel la luz y el fuego de las ideas, el calor de la vida intelectual á todas las conciencias. El telar de Jacquard ha sido en la industria otro milagro, porque el telar de Jacquard, añadiendo nuevos hilos á los tejidos, permite que hasta las mujeres de más humilde fortuna puedan envolverse, como las antiguas damas de los altos castillos, en la crugiente seda. La locomotora ha hecho que el placer del viaje no sea el patrimonio de unos pocos afortunados; y la fotografía que el retrato no sea el privilegio de unos cuantos distinguidos; y el telar de vapor que el traje no arroje un obstáculo social más en el camino de la reconciliación de las clases, como en los tristes tiempos en que el señor había de vestir precisamente el terciopelo y el villano la estameña, para que ni de los ojos se borrara un momento la injusta idea de la desigualdad humana, sobre la cual reposaban las castas.

Estos triunfos del progreso regocijan á todos los que aman la justicia. El naturalista en las hojas de un pobre insectillo ve ocultas maravillas tan extraordinarias como las que descubre el astrónomo en los planetas; y el que estudia la sociedad ve en estos esfuerzos del trabajo, apenas perceptibles, en estas pequeñas transformaciones, apenas apreciables, los gérmenes ocultos de una nueva y más progresiva evolución de la humanidad. Heróico Plinio, que por añadir una línea á la historia de la tierra pereciste consumido por el fuego de los volcanes; luminoso Guttemberg, que por detener el pensamiento en tipos imborrables y propagarlo en ejemplares infinitos con la prodigiosa fecundidad de la naturaleza, pasaste una vida de fatigas é insomnios en los sombríos cimientos de una catedral, tallando con cristal las letras de plomo á la luz de la luna, sin más compañeros que los mureciélagos, como si hicieras una evocación mágica; glorioso Galileo, que en los últimos días de tu vida te quedaste ciego, por haber sumer-

gido los ojos en la indecisa fosfórica luz de las nebulosas, que semejan una niebla de mundos extendiendo sus vaporosas gasas por lo infinito; sublime Beethoven, que sordo, incomunicado con el mundo de las armonías, trazabas esos cantos, que parecen la voz de los espíritus; vosotros, todos, légiones de trabajadores, que habeis añadido la luz de la ciencia, la melodía del arte, la fuerza de la industria al poder de la tierra, que habeis endulzado la amarga levadura de la vida con vuestro sudor y con vuestras lágrimas; vosotros sois más grandes que esos conquistadores, cuyo poder se levanta sobre un pedestal de huesos humanos, y cuyas frentes aparecerán en todos los siglos ceñidas á las tristes sombras de la muerte.

Fundemos, pues, fundemos la sociedad en el trabajo. Así como el mundo feudal tenía por timbre la horca y el cuchillo, la lanza y el escudo, el casco de guerra, los instrumentos de la destrucción; el mundo moderno debe tener el martillo, el escoplo, la sierra, la retorta de donde se desprenden los gases, la caldera del vapor que lleva en sus moléculas impalpables el movimiento á la materia inerte, todo lo que sirve para conservar y para perpetuar la vida.

Entramos en nueva edad de armonía. Y las sociedades de seguros mútuos, las asociaciones cooperativas entre los trabajadores, las máquinas que vienen á aligerar las tristes asperezas del trabajo, las exposiciones de la industria y del arte son como los preludios todavía inciertos que anuncian las grandes síntesis de la nueva sociedad. Así como para sentir la poesía de un templo es necesario entrar con fé religiosa, para conocer el conjunto científico de la Exposición es necesario entrar con estas esperanzas sociales.

El viento que reinaba durante todo el mes de Abril en el desapacible clima, rasgó el gran velo verde extendido ante la principal avenida del palacio. Los mástiles, adornados con anillos dorados, quedaron de pié como dos

hileras de gigantesco espárragos. En su mitad se han colocado unos trofeos con multitud de banderas tricolores coronadas por áureas águilas en actitud de volar. Pasais el tormentoso torniquete, que sigue al puente de Jena, y os dirigís entre estas dos filas de mástiles á la puerta principal de la Exposición. Lo primero que veis es el gran jardín donde se aglomeran en confusión caótica obras de todos tiempos y pueblos; construcciones bizarras, á veces de arquitectura inverosímil, por lo extravagante y abigarrada; á veces de ligereza y gracia. Pasando entre aquellas dos filas de monumentos aglomerados en desorden, veíanse colosales fuentes de hierro, cuya fundición es un prodigio; estatuas y columnas; la Iglesia gótica con sus vidrios de colores en las rasgadas ogivas; la sinagoga, la mezquita, el antiguo altar mejicano, que limpió de sangre humana el heroísmo de Hernán Cortés: el templo egipcio con sus efigies y sus geroglíficos; la aglomeración de varias muestras de arquitectura. Por cierto que pasando por el Parque y por el trayecto de la Avenida principal para entrar en el palacio, no se puede el ánimo desasir de una música misteriosa que atrae y cautiva. Es una especie de piano, ó de órgano, compuesto de campanas, graduadas de tal suerte, que entonan con sus poderosas voces y sus sonoras vibraciones, melancólicas y aun dulces cadencias. Imaginaos la media noche, la luna entre nubes, el lejano y monótono canto del sapo, ese ruiseñor de las lagunas, el rumor del bosque, semejante al *crescendo* de una orquesta compuesta sólo de violines, el ancho Rhin azul que se desliza mansamente entre sus bordes, cubiertos de viñas; y sobre esta sinfonía de la noche, que parece aumentar la solemnidad del silencio y tener la majestad del misterio, desde el gótico campanario, ó caer la melodía extraña, la música mágica, no tocada por ninguna mano, producida por una rueda invisible, por una máquina oculta, y en seguida en ese crepúsculo intelectual del alma, ni bien

dormida, ni bien despierta, vereis pasar las leyendas alemanas, los génios que tejen los hilos en la urdimbre de la vida, los wilis y los gnomos, los ángeles que bajan en legiones á rozar con sus alas invisibles las campanas, para arrancarles esas notas que semejan un eco de las armonías de las esferas, el resonar lejano y apagado de la música de los mundos.

La primera galería que se encuentra, al entrar en la Exposición, es la galería de las máquinas. Como los objetos que debe contener son por su misma naturaleza tan voluminosos, la galería es ancha, es grandiosa, y quizá la única, desde la cual se descubren algunos puntos de vista, que suspenden y asombran el ánimo. Su anchura es de treinta y cinco metros; su elevación de veinticinco. Ciento setenta y seis pilares de hierro sostienen la bóveda que corona la galería. Estos pilares tienen veintiseis metros. Un metro entero de cada uno de ellos sale sobre el techo al aire libre, y le da al palacio por fuera tan mala vista, que ha sido necesario ocultarlos con trofeos y banderas, cuando sobre ellos un arquitecto de gusto podría haber elevado una cornisa ó una terraza, algo que fuera como la diadema de todo el edificio. Cada uno de los pilares pesa doce mil kilogramos. El centro de esta gigantesca nave está ocupado por una galería corrida, toda de hierro, á la cual se sube por varias escaleras. La galería recorre una extensión de mil doscientos metros. En esta galería se apoyan los tubos de transmisión que comunican el vapor á las máquinas. Un antepecho, con gran balconaje, sirve para poder contemplar á placer estos monstruos de la industria, los cuales parecen animados. Cuando el vapor hierve, y los émbolos se mueven con celeridad incalculable, y las ruedas giran como poseídas de un vértigo, y las aguas suben á grandes alturas, y gritan, y se mueven todos aquellos gigantes, que la industria humana ha animado, y que á pesar de su carácter positivo, y de su misterio útil, parecen seres fantásticos, orga-

nizaciones caprichosas, como esas que se encuentran esculpidas en los terrenos antidiluvianos, la galería de las máquinas se convierte en el taller más grande que han visto los hombres, en el campo de batalla del trabajo, donde ejércitos de trabajadores pelean por la vida. Se ve con espanto aquel vertiginoso movimiento, se oye con asombro aquel ruido discordante, que parece como un quejido de la materia, resistiéndose al trabajo, ruido que alguna vez viene á templar ó endulzar la melodía dulcísima del órgano, desprendida de las altas naves; del órgano, cuyas trompetas sonando sobre las máquinas, me parecen un coro de aves que cantáran sobre una tempestad, ó una jaula de ruiseñores colgada sobre los quinqués de una fragua. La Exposición no tiene un punto de vista que sea admirable, habiéndose olvidado dos elementos que son el secreto de todas las obras maravillosas: la síntesis y el arte. Mas para el análisis, para el estudio, no ha tenido rival.

Entrando por la puerta de Jena, en la galería de las máquinas, á mano izquierda, está Francia, á mano derecha Inglaterra, que vienen á cerrar el mágico círculo. Como estais en Francia, y como su industria ocupa un tan grande espacio, conviene comenzar por Francia y recorrer circularmente todas las naciones. Mr. LeStrange de Saint Denis tiene el singularísimo privilegio de inaugurar la Exposición, y casi merece por esto una mención especial en mi brevísima reseña. Son de verciertamente sus productos de cobre, las colosales calderas, los rodillos, los varios productos de su útil industria, que forma á los dos lados de la escalera extraños, pero admirables trofeos. No lejos de estas calderas, que una máquina á ellas cercana construye á la vista de todos, con rapidez pasmosa, he visto colocadas elegantes y ligerísimas locomotoras, destinadas al ferrocarril del Norte de España, que hasta aquí se había provisto principalmente en Bélgica ó Inglaterra. Junto á la máquina que trabaja el cobre como cera, se

ven rodar unos tornos que tuercen grandes maromas y magníficos cables. Todo este movimiento se comunica á las máquinas por un grandioso motor de Rouen, cuyas columnas son de una gracia casi griega, como si fuera un esfuerzo para reconciliar el arte con la industria. Mientras unas máquinas hilan y tuercen las gruesas maromas, otras tejen finos gorros de dormir. A pesar de la complicación de sus ruedas y de sus telares, el vapor que se extiende por ella, como la sangre por un cuerpo animado, la mueve en tales términos y hace tales operaciones, que una mujer cruzada de brazos casi siempre basta para ir recogiendo los productos de esta especie de inteligencia alumbrada por la industria en la materia. Junto á esta hay otra gigantesca máquina de tejer. Allí se ve salir una tapicería de elegantísimo dibujo. La aplicación de las máquinas á estos objetos de lujo, concluirá por ponerlos al nivel de todas las fortunas, y lo que antes tenía sólo un César, lo tendrá mañana un trabajador. Un industrial colocado junto á esta máquina de tapicería, enseñaba otra en la cual ha logrado sustituir para los tejidos el cartón, que exigía Jacquard, con el papel. Cuando estábamos contemplando estas máquinas, vimos pasar los chinos enviados al estudio de la Exposición. No hay nadie que no haya visto chinos, aunque sea en los abanicos, esta raza que se gloria de haber sido en los comienzos de la humanidad la raza príncipe, y que hoy permanece en una infancia imbecil. Sus borceguíes negros, su veste de seda morada, su sobrevesta de seda negra, su pelo partido por la mitad y arreglado como un moño femenino sobre la nuca, su color cetrino, sus pómulos aplastados, su frente sumida y estrecha, sus ojos tan pequeños que parecen puntillos luminosos, como los de un ave nocturna, les dan bizarro y singular aspecto, que despierta la curiosidad europea, y que provoca á meditar en este eterno problema: la influencia del organismo sobre la civilización y de la civilización sobre el orga-

nismo. Pasaban junto á las máquinas sin conmovirse, sin extrañar, sin admirar, ¿qué digo admirar? sin mirar casi. Cuando yo veo esta indiferencia en la hermosísima raza árabe, ó en la feísima raza china, casi dudo que puedan sus inteligencias salir del estancamiento presente. La admiración, la extrañeza es el principio de la ciencia. Así lo ha dicho Platon. Cuando un árabe ó un chino contemplan en París uno de estos portentos y no se admiran, y no se mueven siquiera á preguntar y á saber, ¿qué esperanza pueden inspirar de redención? Solo que el árabe no se entaña por idealismo, por poesía, porque lleva dentro del alma una religión más espléndida para su fé que todas las industrias, y el chino ¡ah! no se admira por frialdad ó indiferencia. Dejamos de ver los hombres-máquinas para mirar las máquinas-hombres. Un industrial francés tenía expuestas segadoras, podadoras, escardadoras. Al ver la elegancia de estas máquinas, cualquiera las tomaría, no por instrumentos de agricultura, sino por objetos de salón. El hierro ha logrado reunir á su perfecta solidez una grande elegancia. Entre las máquinas agrícolas hay una para abonar, que parece un juguete. Ante tales maravillas de la industria, ¿quién no ha de creer que algún día el trabajo perderá el carácter de aspereza, de lucha, de fatiga, para tomar el carácter de una armonía más, añadida á las armonías del Universo? De pronto, una grande reverberación de la luz del sol caía sobre nuestras cabezas y deslumbraba nuestros ojos, proveniente de la luz descompuesta por las espirales de un faro gigantesco, girando sobre su eje, que parecía un diamante de deslumbradoras facetas. Los faros son una de las glorias de la ciencia francesa. Monsieur Auspère ha dado á la brillantísima luz recogida en los lentes de los faros, una intensidad infinita. Notamos un progreso hecho en estas máquinas, que vienen á sustituir las estrellas en las espesas tinieblas y en las terribles tempestades. Para facilitar la construcción de

los faros de luz cambiante, se han inventado unas puertecillas movidas por un resorte, que se abren y se cierran con presión matemática, y que así alcanzan una grande sencillez. Junto á estos faros que toman, digámoslo así, posesión de los cielos, vimos una grande colección de máquinas destinadas á tomar posesión de las profundidades de la tierra. Son las que abren los grandes pozos, las que perforan las galerías, las que llevan la luz á los abismos, las que renuevan el aire, las que levantan enormes pesos. Llamáronnos mucho la atención todos los útiles empleados en unas grandiosas minas de betún, útiles que forman baterías, en verdad más provechosas que las baterías destinadas á la guerra y á la muerte. Llama la atención general, entre todas las máquinas, una que hay montada cerca del fin de la Exposición francesa. Sus dueños han querido que trabaje como si estuviera en un taller. Los obreros la rodean y enseñan á la multitud, en torno de ella apiñada, los milagrosos productos. A un extremo de la máquina veis materialmente formarse el fieltro, mientras al otro extremo veis salir cortado, concluido el sombrero, todo obra de brevísimos instantes. Cuando la sección francesa ha terminado, comienza la sección de sus colonias. Francia no se ha distinguido nunca por su génio colonial. Dios la ha hecho una grande nación en el centro de Europa, á fin de que concentre en su seno y condense en su laboratorio intelectual el espíritu moderno, al que Francia dá un gran carácter de ciudadanía universal.

Pero en sus obras coloniales, no se ha distinguido como se han distinguido Inglaterra, Holanda, Portugal y España.

Una idea me sobrecogía en medio de tantas y tan extraordinarias grandezas; la idea de lo breve que iba á ser aquella ciudad universal, donde tenían su habitación los productos de la industria.

El inmenso campo de Marte, lleno de tantas maravillas, iba á ser restituido á las ma-